

ta satisfactoria, el trabajo cesaría el martes por la mañana en todos los establecimientos. La táctica era hábil; para apreciarla es preciso saber que el deslustrado es la última operación que sufre la pieza de lana antes de ser enviada á los comisionistas ó á los almacenes, y que el deslustrado, salvo en las dos casas Fraenkel Blin y Blin y Blin, se ejecuta por los *facomers*, es decir, por industriales que se encargan de este trabajo por cuenta de los fabricantes de paño. Detenido el deslustrado se detenía de un solo golpe toda la remesa de telas para el verano de 1901, en el momento mismo en que esta remesa era más urgente para el fabricante, obligado á satisfacer los encargos tomados á sus clientes.

Los siete patronos, á la vista de la carta ultimátum, se concertaron, y dijeron á los obreros que se pondrían á su disposición, con tal de que el trabajo no se suspendiera antes de lograr la solución. Los obreros no aceptaron este cambio de papeles, y el martes por la mañana se declaró efectivamente la huelga en cuatro establecimientos. Los patronos propusieron entonces el aumento del salario en un 10 por 100, que fué igualmente rechazado. El día y la noche del martes se emplearon en una activa propaganda; así que dos establecimientos de deslustrado debieron cerrar al siguiente día, miércoles, y otro el jueves. Este mismo día, las cartas ultimátum, saliendo de la co-

misión de la Bolsa del Trabajo, fueron enviadas á otros cuatro jefes de establecimientos, y al cabo de cuatro días la huelga de deslustradores era casi general. De hecho no llegó á serlo totalmente, porque en medio de la semana muchos patronos se decidieron por conceder el aumento pedido, y otros transigían con sus obreros, concediéndoles satisfacciones parciales: de suerte, que el sábado por la mañana la huelga de los prensadores había terminado; los obreros habían logrado una victoria completa en la mayor parte de los establecimientos, y obtenido en otros muy importantes ventajas.

Junto á esta primera huelga conviene aproximar la de los bataneros, que siguió, y la de los tintoreros: todas las tres atestiguan el mismo esfuerzo hacia la suspensión concertada de trabajo, y las tres fueron declaradas por *carta ultimátum*, muy secretamente preparada, dirigida á los patronos, y concediéndoles un espacio de veinticuatro horas para reflexionar. Pero se conoce que el esfuerzo hacia la agrupación solidaria es penoso: la armonía se establece, sobre poco más ó menos, cuando se logra que se encargue un delegado de redactar una carta ultimátum; pero no es, sin embargo, completa hasta que se logra poner en ejecución la amenaza de abandonar el taller, y disminuye más aún cuando es preciso continuar ó cesar en la huelga. Según la habilidad del patrono para persuadir á sus obre-

ros de que su pretensión es ilegítima; según su influencia sobre sus espíritus; según, sobre todo, que las sugerencias del hambre hagan más ó menos presión á tales ó cuales obreros, ó que la palabra de uno de sus camaradas sea más vibrante ó más atrayente, se ve ó no á los obreros de tal ó cual establecimiento tratar *aisladamente* con su patrono de las condiciones transaccionales. En tal caso, existe una doble defección: el patrono rompe, por egoísmo ó ansioso de tranquilidad, la solidaridad que debe unirle á los otros empresarios, y los obreros no dejan en menor trance á sus camaradas de otros talleres.

Estos hechos pueden, sobre todo, ser observados, en la huelga de tintoreros que se frustró parcialmente, merced á la habilidad de un patrono, que bondadosamente dijo á sus obreros: «Veamos, queridos amigos; hace cuarenta años que estoy con vosotros en el oficio; jamás he tenido huelgas, ni he oído hablar de Sindicatos ni de Bolsa de Trabajo. Vosotros me pedís un aumento de 3 francos por semana; yo os propongo 1 franco 50 céntimos: no puedo ofreceros más.» Los tintoreros aceptaron; su deserción entrañaba el descalabro de toda la huelga de tintoreros: un mes después, los patronos despidieron á los cabezas de la pasada huelga, á sus instigadores; y éstos, ante la imposibilidad de encontrar trabajo, han tenido que abandonar el país.

He aquí la somera descripción de las tres huelgas mejor organizadas del movimiento elbeviano de Noviembre de 1900.

Al lado de éstas, convendría poder describir las otras 40 huelgas aisladas y parciales que se desarrollaron ligeramente durante un mes, y decir cómo en este período los escogedores de trapos en taller, los hiladores, los *atadores*, los tejedores, los laneros, los arregladores de muestras, etc., cesaron en el trabajo por pequeños grupos de ocho, doce, veinte, treinta, en el establecimiento de M. C..., después en el de M. L... Se pudo entonces contemplar en pleno día lo que es una polvareda humana disgregada. Según los azares; según que en tal grupo se encontrase un obrero con la palabra más ardiente que en los otros, se formulaba precipitadamente una reivindicación cualquiera, para abandonarla dos horas más tarde. «Cada día durante tres semanas—me decía un miembro de la Comisión de la Bolsa del Trabajo—, y con bastante frecuencia muchas veces por día, y á cualquier hora, los tejedores de tal establecimiento, los laneros de tal otro, etc., venían á buscarme á la Bolsa del Trabajo, donde los delegados estaban permanentemente, y me decían: «¿Sabe usted que acabamos de declararnos en huelga? Pedimos un aumento de salario, y confiamos en que usted y la Bolsa del Trabajo nos apoyarán en nuestras reivindicaciones.» El

primer cuidado del delegado permanente era entonces pedir á sus interlocutores que expusieran sus agravios, á fin de poderlos notificar oficialmente al patrono, que frecuentemente sólo conocía una pretensión bastante vaga. Muchas veces la huelga duraba la tercera parte de un día; muchas una jornada; algunas tres ó cuatro días; con mucha frecuencia surgía una transacción entre los obreros de tal establecimiento y su patrono, rehusando éste el coloquio transaccional con el secretario del Sindicato ó con el delegado de la Bolsa del Trabajo. Las mismas fuerzas caóticas que habían motivado la declaración de la huelga, motivaban su terminación; siguiendo los azares, los obreros de tal establecimiento aceptaban una transacción que el patrono ó los obreros de tal otro rechazaban, y, *sin embargo, el trabajo era idéntico.*

En presencia de este movimiento huelguista general, un gran número de patronos, no dudando de que la suspensión del trabajo amenazaba sus fábricas, habían tomado la delantera, acordando un aumento de salario; y se repitió muchas veces que quince días después de esta concesión los obreros, viendo que sus camaradas del establecimiento X ó Z habían logrado á continuación de una huelga un aumento mayor que el suyo, formulaban una nueva demanda, y declaraban no poder aceptar las condiciones con que pocos días

antes se habían mostrado satisfechos. De todas partes, tanto del lado de los patronos como del de los obreros, era la acción desorganizada, dispersa y tumultuaria, en un movimiento que exigía, por su propia naturaleza, la cohesión, la inteligencia y el contacto de codos. Es imposible traer aquí los incidentes cómicos ó trágicos de esta lucha de tres semanas. Véase como muestra un pequeño relato que me hizo Mr. C.: «Yo tengo en mi casa seis ó siete *lobeteros*: se designan bajo este nombre los sencillos enfardadores de la lana para hilarla. Les pagaba 3 francos diarios. Una mañana, al saber que iban á pedirme 25 céntimos de aumento, y que se proponían declararse en huelga, fuí á conversar con ellos al taller, y les hice explicar el motivo de su pretensión. Me expusieron su asunto, diciéndome que otras veces habían cobrado 25 céntimos más por día. Es cierto—les dije—; pero el trabajo entonces estaba distribuído de diferente manera; erais seis para ejecutar una labor mucho más importante que la que hoy realizáis. —No, señor—, me dijo uno—; éramos ocho. —Te aseguro que te equivocas; sólo erais seis: ¿tienes algo para apostar? Si erais ocho, yo os pago á todos una merienda esta tarde; si eres tú quien pierde, tú pagarás la merienda á tus compañeros. El otro titubeó.—Vamos, si estás seguro, apuesta siempre; nosotros beberemos». Apostó, en efecto: se preguntó á un

viejo lobetero agregado á la casa muchos años, y que trabajaba algunos metros de allí, y respondió que, efectivamente, hubo ocho otras veces, y no seis. El patrono había perdido su apuesta, lo que no le sorprendió, *porque se había propuesto, intencionadamente, perderla*; pagó la merienda á sus lobeteros, que se decían «que el patrono era un buen sujeto», y que sin duda sus negocios no le permitían el aumento solicitado. M. C... creyó prudente no hablar más de nada. «Seguramente—añadía—, esta apuesta me ha evitado una huelga en el momento preciso en que estaba en efervescencia toda la población.»

Conviene, finalmente, añadir, para ultimar la descripción del movimiento huelguista elbeviense, que las reuniones públicas frecuentes y los numerosos llamamientos á la solidaridad, constituían los auxiliares y los promovedores indispensables (1).

Como la industria elbeviense emplea un gran número de mujeres, y los sentimientos de es-

(1) Estos llamamientos estaban formulados en un tono tan moderado, que es conveniente señalarlo. He aquí el de la *Unión sindical de los obreros tejedores*: «La Cámara sindical de obreros tejedores del cantón de Elbeuf hace un llamamiento á la solidaridad de todos los obreros y obreras tejedores de la región, para que se inscriban en el Sindicato, á fin de lograr un común acuerdo para la reivindicación de nuestros derechos desconocidos; porque nosotros estamos convencidos de que es con la unión

tas son, de ordinario, más inclinados á la pasividad y á la sumisión, la tarea era ruda para los organizadores del movimiento, quienes no economizaron las fatigas durante seis semanas, y, no obstante, tuvieron que llamar en su ayuda á sus compañeros de la Bolsa del Trabajo de París. La sala del Alcázar en Caudebec-les-Elbeuf, apenas si se cerró durante este período, y muchas reuniones vespertinas resultaron especialmente animadas.

Por lo demás, he de afirmar que en ningún momento fué amenazado el orden por estos huelguistas de la industria lanera. Ni una máquina fué deteriorada; no se oyó en las calles cántico alguno revolucionario, y ninguna amenaza se profirió ni contra las personas, ni contra la propiedad.

La libertad del trabajo no fué atacada por un solo momento, y cada obrero fué libre para seguir su propio impulso. La masa obrera de Elbeuf, que todavía comprende gran número de mujeres, no recurre á estas violencias; pero como si fuese

como podremos salir victoriosos en nuestras justas y legítimas reivindicaciones, que no deben ser una palabra vana.

«Compañeros: si pensáis, como nosotros, que mediante la unión podremos llegar á vivir trabajando, responded en masa á nuestro llamamiento, y haceos inscribir en nuestro Sindicato.—*Le Petit Rouennais*, 16 de Noviembre de 1900.

necesario que se vea bien hacia qué lamentable estado social están en trance de evolucionar los medios industriales en Francia, otra huelga, de carácter mucho más violento, se desarrolló paralelamente á todas las que acaban de ser descritas.

Esta huelga de los obreros estearineros de M. P..., en Saint-Aubin-les-Elbeuf, no podemos dejarla en silencio. Puesto que se había convenido en el mes de Noviembre último, entre los obreros elbevianos de *toda profesión*, que *todos* los salarios debían ser elevados, los estearineros de la fábrica de bujías de Saint-Aubin pensaron que no había ninguna razón para que los pocos centenares de obreros que no pertenecían en Elbeuf á la fabricación lanera, no se aprovecharan de la elevación decretada de salarios, y en su virtud pidieron un aumento de 50 céntimos diarios á su patrono. Este, después de tomarse una decena de días para contestar, dijo que le era imposible conceder el aumento pedido; y al hacer el pago del sábado 17 de Noviembre, despidió, para después de ocho días, á todos los obreros y obreras que habían demandado tal subida. Esta medida alcanzó á 70 obreros, de ellos 51 hombres y 19 mujeres, sobre un efectivo total de 150 trabajadores, comprendiendo 28 obreras. Las 9 mujeres que no habían pedido el aumento de salario, eran precisamente las que ganaban menos, es decir

12 francos por semana. Las compañeras más ardientes estaban ganando 15 francos.

Los empleados despedidos se concertaron al instante: se reunieron el lunes, á la hora del almuerzo, y estando asegurados de un mutuo acuerdo, declararon por la tarde á su patrono que no volverían al taller al día siguiente. Así se hizo, y el martes por la mañana, 70 obreros y obreras, de 150, suspendían el trabajo.

La táctica no era mala; porque cuanto más desprevenido se hallaba el patrono, menos probabilidades tendría de proveerse de otros obreros. M. P..., al dar salida á sus 70 obreros, había contado, bien con la posibilidad de encontrar sustitutos durante el transcurso de una semana que le quedaba, tal vez con el desistimiento de los obreros despedidos, á quienes la perspectiva de quedar sin trabajo induciría probablemente á abandonar su pretensión. Al declararse en huelga, los obreros demostraron que esta perspectiva no les asustaba. Desgraciadamente, no se limitaron, sin embargo, á suspender el trabajo por su parte y á detener, en realidad, todo funcionamiento de la fábrica—porque si M. P... conservó sus otros 80 obreros y obreras, esto fué tan sólo por un sentimiento de justicia, y también, es preciso decirlo, por no acrecentar el poder de sus adversarios—, sino que recurrieron á su sistema general de intimidación y de manifestaciones tu-

multuosas, que produjeron durante una semana el terror de la pequeña población de Saint-Aubin. A las horas de entrada y salida de los talleres, iban con el intento de cohibir á sus camaradas, y les saludaban en los términos más descorteses.

Después, entonando la *Carmañola* y el *Ça ira*, se dirigían en grupo hacia el «castillo del señor de Saint-Aubin,» á quien amenazaban con colgarle, ó con «dividirle en dos, para tener dos patronos tan pequeños como él». Dirigíanse también las expresiones del peor gusto hacia la familia de M. P...

El patrono manifestó á sus obreros que estaba dispuesto á negociar con ellos individualmente, y que para este efecto le encontrarían en su despacho. Los obreros comprendieron muy hábilmente la maniobra, que tendía á romper la cohesión que les daba tanta fuerza, y respondieron que no admitirían más negociación que la que se hiciera con dos de sus delegados, acompañados de un miembro de la Bolsa del Trabajo. M. P... ante la efervescencia de sus obreros, y también para no reconocer oficialmente su agrupación, creyó preferible encargar al alcalde de Saint-Aubin, su adversario político, de representarles y desempeñar el papel de árbitro entre las partes litigantes. El sábado, pues, tuvo lugar una conferencia en la alcaldía entre el alcalde y los delegados obreros, acompañados de un represen-

tante de la Bolsa del Trabajo; y el mediador, no pudiendo obtener una reducción en las exigencias de los huelguistas, acabó por concederles cuanto pedían. El lunes por la mañana volvió á empezar el trabajo general en la fábrica de bujías, á continuación de la victoria completa de los huelguistas; y los obreros no huelguistas beneficiaron como sus camaradas un importante aumento de salario. «Fué una hermosa semana para nosotros, me decía uno de los estearineros de esta fábrica: durante el día, paseando por los caminos y por los bosques, y os puedo asegurar que no se fastidia uno nada. Nos decís que no nos hemos conducido como hombres libres y serios; pero es preciso no olvidar que el miedo que inspirábamos al patrono ha contribuido mucho á nuestro éxito. Hemos obtenido todo el aumento que pretendíamos; hemos obligado á tratar con nuestros delegados, y ningún huelguista ha sido despedido. Si se hubiera tratado de excluir á uno solo, se hubiera visto que no lo hubiéramos tolerado. Tres meses después hemos fundado un Sindicato de estearineros, y los 70 miembros de este Sindicato pagan normalmente su cuota de 50 céntimos mensual.» Lo peor es que este obrero no se equivocaba sobre las causas de la victoria de sus compañeros. Una enseñanza muy provechosa se desprende también de la huelga de Saint-Aubin. No hay ninguna razón para pensar que la manipulación de la es-

tearina tiene propiedades específicas capaces de hacer germinar ideas revolucionarias en los cerebros, que la industria lanera mantiene, por el contrario, en la calma y en la moderación (1); toda la diferencia procede de que los estearineros de Saint-Aubin están sometidos, más que sus camaradas de la industria textil, á la influencia de la vida industrial desorganizada; han cruzado más pronto los segundos todas las etapas, hacia las que los primeros serán dirigidos, si no renuncian á seguir los mismos procedimientos.

Tales fueron las tres variedades de suspensión concertada de trabajo, en las que tiene su origen el movimiento huelguista elbeuano. Se puede preguntar por qué este movimiento cesó de repente hacia el 3 de Diciembre, y por qué desde esta época no han estado más expuestos los patronos á ver á sus obreros á dejar á cualquier hora del día sus telares y sus lanzaderas. Sin duda los patronos, entre los que la ausencia de toda cohesión era tan grande como la de sus adversarios, comenzaban á organizarse; y como, por otro lado, las cuatro quintas partes próximamente de los

(1) La complejidad de los fenómenos económicos es tan grande, que ella misma no necesita exagerar nada; así, las observaciones médicas han parecido establecer que el empleo de la luz encarnada en los talleres de la Sociedad «des Plaques Lumière», producía caracterizados efectos fisiológicos sobre los obreros, haciéndolos más excitables y más nerviosos.

obreros acababan de obtener una elevación del salario, la satisfacción misma podía engendrar la saciedad. Pero asimismo podía agujonear el deseo de una nueva elevación, y hacia fines de Noviembre nadie en Elbeuf era capaz de indicar la época en que se restablecería la calma. Los estearineros acababan de encender todavía más los ánimos, por su ardor rebosante y su victoria, manifestados en solemnes *soirées* celebradas en el Alcázar de Caudebec. El lunes, 3 de Diciembre, un incidente vino de golpe á hacer cundir el desaliento entre los acometedores; y este hecho bastaría por sí solo, si fuese necesario, para probar la desorganización profunda de las tropas que libraban el combate.

Hacia el 20 de Noviembre, tres patronos, principalmente MM. Clarenson y Lebrét y MM. Olivier y Picard, dándose cuenta de que estas rupturas bruscas del contrato de trabajo eran ilegales, por no haberse observado el previo plazo de ocho días, cuyo uso constante lo convertía en ley de las partes, emplazaron á sus obreros «al pago de 201 francos de daños y perjuicios, como indemnización de los males producidos por una brusca paralización efectuada contra los usos constantes de la plaza». La cuestión así planteada no podía tener más que una solución, y el lunes, 3 de Diciembre, el Consejo de hombres buenos condenó á los obreros al pago de una indemnización

equivalente al salario semanal del obrero, es decir, de cerca de 20 francos. En vano los defensores sostuvieron que el derecho de huelga, reconocido por las leyes de 25 de Mayo de 1864 y de 21 de Marzo de 1884 implicaba necesariamente el derecho á cesar de repente en el trabajo; que además, la huelga no era una ruptura del contrato en la forma ordinaria, *sino una suspensión de trabajo*; esta teoría sutil é inexacta no fué acogida: y es lamentable que los obreros elbebianos, en lugar de reconocer la perfecta legalidad de tal resolución, hayan creído ser una vez más víctimas de un manejo de los patronos.

Sea de ello lo que fuere, el fallo del Consejo de hombres buenos cortó en seguida el movimiento huelguista. La causa de esta repentina terminación no debe buscarse en la necesidad que tenían los obreros de pagar la indemnización á sus patronos, porque era evidente que nadie se proponía exigir el pago efectivo de estas condenas, y los tres patronos, después de haber obtenido tres decisiones de derecho contra uno de sus obreros, se apresuraron á desistir de toda ulterior diligencia. Mas pareció á los huelguistas que una condena procedente de un tribunal cuyos propios representantes se pronunciaban en favor de los patronos les dejaba en mala postura, y que, además, esta falta, legalmente comprobada, permitía á los patronos reprender tan sólo á los obre-

ros de su gusto y dar á su vez golpes sombríos entre los instigadores ó los menos dóciles. El sentimiento, vago sin duda, pero muy real, sin embargo, del estado de pulverización de la población obrera elbevia, hizo á los huelguistas desistir de un movimiento que hubiese ofrecido al menos una apariencia legal de *boycottage*, y producido la despedida de los compañeros más devotos á los intereses del proletariado. Como, por otra parte, los obreros juzgaban absolutamente imposible producir la huelga sometándose á la observancia del previo aviso ocho días antes, el trabajo regular repercutió por todo Elbeuf, y á partir del 6 de Diciembre, ya no se ven abandonados los talleres de tejidos á las nueve de la mañana, ni las tinas de añil, preparadas dos horas antes, en fermentación y perdidas porque los tintoreros no querían continuar trabajando. El período *agudo* de las huelgas había durado exactamente un mes.